

PARTE I. LAS SAGRADAS ESCRITURAS

I. LA BIBLIA: FUENTE Y NORMA DE LA DOCTRINA CRISTIANA

1. Para que sea posible determinar lo que es considerado como doctrina cristiana es necesario antes estar de acuerdo sobre la fente de donde tal doctrina es tomada, y sobre la norma por la cual debe ser juzgada; de otra manera, es imposible obtener un acuerdo.

2. Nadie puede decirnos lo que Dios quiere que creamos y hagamos, sino Dios mismo. « . . . nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Co. 2:9-11). Por consiguiente, nuestro conocimiento de Dios y de su voluntad hacia nosotros no puede ser derivado de otra fuente sino de la propia palabra de Dios. «¿No consultará el pueblo a su Dios? . . . ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto es porque no les ha amanecido» (Is. 8:19, 20). La palabra de Dios debe ser también el criterio y la norma según los cuales los maestros y sus enseñanzas deben ser juzgados. «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad» (Jn. 8:31, 32). «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios» (1 P. 4:11).

Las Confesiones Luteranas, por consiguiente, declaran: «Creemos, enseñamos y confesamos que la única regla y norma según la cual deben valorarse y juzgarse todas las doctrinas juntamente con quienes las enseñan, es exclusivamente la Escritura profética y apostólica del Antiguo y del Nuevo Testamento» (F.C., Epít., *Libro de Concordia*, pág. 497.1).

3. Si deseamos transmitirle nuestros pensamientos a una persona, debemos hacerlo en un lenguaje que ella entienda. Ya que el propósito de la palabra de Dios es que los seres humanos entiendan y aprendan, es necesario que ella sea revelada en palabras de un lenguaje humano que las mentes humanas puedan

Fuente

Version
Reina Val
Norma

entender. La palabra de Dios no funciona como una fórmula mágica que no necesita ser entendida. Nosotros necesitamos saber y entender lo que ella significa. Al escudriñar las Escrituras necesitamos, en consecuencia, usar nuestro conocimiento del idioma y la gramática, usar nuestras facultades para descubrir el sentido y significado de lo que leemos, y entonces poder formular en declaraciones doctrinarias o credos lo que hayamos encontrado o descubierto, como lo hemos hecho en las Confesiones de nuestra iglesia. Ese uso instrumental de nuestras facultades mentales es propio y necesario si queremos conocer las Escrituras.

4. No es nuestro trabajo determinar si lo que hemos aprendido está de acuerdo con el verdadero sentido del texto bíblico, aceptando o rechazando lo que está o no está de acuerdo con nuestra opinión personal y manera de pensar. El uso judicial o crítico de la razón humana está absolutamente fuera de lugar cuando se trata de verdades divinas. Donde Dios ha hablado, el derecho al juicio privado desaparece. «Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Co. 10:5). Debemos tomar las palabras de las Escrituras en el sentido y significado que ellas tienen. No podemos agregar ni quitar nada de ellas (Dt. 4:2), ni corromper la palabra de Dios poniendo nuestro propio significado en el texto (2 Co. 2:17). No debemos, por lo tanto, «corregir» las Escrituras de acuerdo a nuestras ideas y deducciones lógicas, sino lo contrario, corregir nuestros pensamientos y opiniones de acuerdo a las Escrituras.

5. Interpretar las Escrituras significa explicar y exponer nuevamente con nuestras propias palabras lo que los textos de la Biblia realmente significan y enseñan. «Sensus literalis unus est». Un texto de la Escritura no puede tener más que un solo sentido y significado propuesto divinamente; dos interpretaciones contradictorias del mismo texto no pueden ser ambas correctas. Una verdadera interpretación de la Biblia, por consiguiente, consiste en encontrar, exponer y reafirmar el significado divinamente propuesto de las declaraciones de las Escrituras, tomando las

palabras como están escritas, en su propio y completo sentido, tal como está determinado en el contexto, y rechazando todo lo que se oponga a la «analogía de la fe», es decir, a otros pasajes claros de la Biblia que enseñan esa doctrina particular. Hay doctrinas en la Biblia que no se acomodan a nuestra particular manera de pensar; otras que no pueden ser armonizadas entre sí; pero no hay ninguna que contradiga a la otra. «Tu palabra es verdad» (Jn. 17:17). Nuestro propósito no es, por tanto, probar que las enseñanzas de la Biblia son verdaderas, para satisfacer la razón humana, sino simplemente demostrar que nosotros enseñamos de acuerdo con la Biblia.

6. Una doctrina, para ser verdadera, no necesita estar de acuerdo con las resoluciones de los concilios de la iglesia, los escritos confesionales de una iglesia, las deducciones de la razón humana, los descubrimientos de la ciencia, etc., sino que debe estar de acuerdo en todas sus partes y puntos con las declaraciones de la Biblia. En consecuencia, rechazamos como fuentes y normas de la doctrina cristiana, todo tipo y forma de autoridad humana, tales como: Los padres de la iglesia, los concilios de la iglesia, las confesiones de la iglesia; la razón humana, la filosofía, la ciencia, las opiniones privadas; la «luz interior» de los entusiastas las nuevas revelaciones, el «relicario del corazón del papa».

7. Aceptar doctrinas hechas por el hombre como doctrinas de Dios:

(a) es una necedad. «Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres» (Mt. 15:9); - De Isaías

(b) no «establecerá», no dará una seguridad firme al corazón. «No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas» (He. 13:9);

(c) Es peligroso, porque destruye la verdadera fe. «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt. 7:15);

Uso Instrumental de la Razón

Uso Judicial de la Razón

Un solo sentido

con te
Otras pasajes Bibl

(d) Es pecado, porque Dios lo prohíbe. «He aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: Él ha dicho» (Jer. 23:31)

8. Nuestras confesiones luteranas son bien claras en este punto. «Recibimos y aceptamos de todo corazón las escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y del Nuevo Testamento como la fuente pura y clara de Israel, la cual forma la única norma verdadera por la que han de ser juzgadas todas las doctrinas y los que las enseñan» (F.C., Decl. Sól., *Libro de Concordia*, pág. 542.3).

«No es válido que de las obras o palabras de los santos Padres se hagan artículos de fe Está escrito que la palabra de Dios debe establecer artículos de fe y nadie más, ni siquiera un ángel» (A.E., Art. II, *Libro de Concordia*, pág. 304.15).

«Ni al papa ni a la iglesia les concedemos el poder de decretar algo en contra de este consenso de los profetas» (Apol., Art. 12, *Libro de Concordia*, pág. 178.66).

«Por lo tanto, es nuestro deber no interpretar y explicar estas palabras del eterno, verdadero y todopoderoso Hijo de Dios . . . según parezca agradable a nuestra razón, sino con fe sencilla y debida obediencia aceptar las palabras tal como rezan, en su sentido propio y claro, y no permitir que seamos desviados del Testamento expreso de Cristo por objeciones y contradicciones humanas, extraídas de la razón humana, no importa cuán atractivas parezcan a la razón» (F.C., Decl. Sól., Art. VII, *Libro de Concordia*, pág. 625.45).

II. ORIGEN E INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

1. Diferentes escritores humanos, pero un solo Autor. La Biblia es una colección de libros, escritos en épocas diferentes y por hombres diferentes. Moisés y los profetas escribieron los libros canónicos del Antiguo Testamento en los idiomas hebreo y arameo; los evangelistas y los apóstoles escribieron los libros canónicos del Nuevo Testamento en el idioma griego. Sin embargo, sólo existe un Autor de toda la Biblia y ese autor es Dios. La